

Introducción

Estas páginas aspiran a ser, ni más ni menos, lo que se indica en la portada, es decir, una introducción a la Filosofía del hombre. Se trata, en efecto, de «una» de las muchas maneras posibles de introducirse en la reflexión filosófica sobre el hombre: no la única, ni seguramente la mejor. El carácter introductorio de este libro se explica si tenemos en cuenta que es fruto principalmente de varios años de enseñanza de esta materia a alumnos que se enfrentaban, en muchos casos por vez primera, con unos temas y un modo de pensar filosófico. Por eso, he intentado ofrecer una exposición sencilla, clara y ordenada, a sabiendas de que el objeto de estudio no es precisamente una realidad sencilla, ni clara, ni ordenada: la persona humana. Soy consciente de que cualquier intento de sistematizar de modo completo lo que es la realidad humana nace con ese mal congénito. Sin embargo, creo que merece la pena el esfuerzo por ofrecer un panorama general (un «mapa» de situación) que permita una primera aproximación a lo que es el hombre.

He intentado ofrecer una síntesis –necesariamente apretada– de muchos temas y aspectos que a lo largo del siglo XX han generado (y seguirán generando en el siglo XXI) una cantidad de bibliografía difícilmente abarcable y, mucho menos, de analizar y contrastar críticamente. Con estas premisas se comprenderá que haya preferido la breve exposición de las cuestiones apuntando algunas posibles soluciones, más que el detenido estudio de los problemas más relevantes para la Antropología contemporánea. Otros temas y autores podrían haber sido tratados pero esa tarea la dejamos para los trabajos de investigación especializada. En definitiva, este texto no pretende ser una colección de definiciones y clasificaciones, sino que se presenta como una primera reflexión sistemática y coherente, para ayudar al lector a introducirse en la complejidad de la realidad humana. Es evidente que cada uno de los temas abordados requiere un tratamiento más detenido y profundo, con una ampliación de la bibliografía empleada. Pero pensamos que el objetivo de estas páginas queda plenamente conseguido con la asimilación de las nociones fundamentales junto al deseo de seguir ahondando en el «misterio del hombre».

Al mismo tiempo, no he querido obviar las dificultades ni dejar de exponer los problemas fundamentales con los que se enfrenta la Antropología filosófica. Por esta razón he intentado ofrecer numerosas referencias bibliográficas que son una invitación al lector a ampliar con otras lecturas filosóficas las cuestiones presentadas. Las abundantes citas a pie de página intentan proporcionar unas referencias bibliográficas para superar este primer «escalón» introductorio. Hay otro motivo por el que no he creído oportuno disminuir las citas: se trata de un pequeño ejercicio de honradez intelectual. No ha sido mi propósito ser especialmente original en mis planteamientos: muchas de las ideas contenidas en este libro son préstamos acumulados de diversas lecturas. Pienso que es justo dar a cada uno lo suyo antes de hacer míos los aciertos de los demás. Quiero citar ahora de manera expresa al profesor Ricardo Yepes (q.e.p.d.): su libro *Fundamentos de Antropología. Un ideal de la excelencia humana*¹ ha sido en muchos casos el «catalizador» de mis explicaciones.

Con estas páginas he intentado realizar una labor de síntesis de diversos temas y autores, tanto clásicos como modernos. He preferido integrar los puntos de contacto de filósofos en ocasiones muy dispares con el objetivo de señalar el hilo conductor y la perennidad de los problemas antropológicos presentes a lo largo de la historia. En este contexto es necesario reconocer la deuda con el pensamiento clásico y medieval. De forma explícita he querido acudir a la concepción cristiana del hombre porque es en ese ámbito donde la filosofía occidental ha desarrollado la noción de persona humana alcanzando desarrollos especulativos que no se encuentran presentes en otras tradiciones filosóficas. En efecto, es en la tradición cristiana (retomando elementos de la filosofía clásica) donde se destaca de modo más neto el valor y dignidad del hombre considerado como «imagen y semejanza de Dios» (*Génesis*, 1, 26). Por esta razón me he servido de las principales fuentes filosóficas del pensamiento cristiano tanto medieval (especialmente Tomás de Aquino), como contemporáneo, sin excluir aquellos documentos magisteriales de innegable relevancia antropológica.

Lógicamente he tenido en cuenta también las fuentes del pensamiento cristiano ya sea clásico (Aristóteles y Platón) o moderno. De hecho, el punto de arranque de la exposición es el ideal filosófico del hombre griego: «Conócete a ti mismo». Pienso que este ideal pervive en el tiempo a pesar de las repetidas afirmaciones de que el hombre sigue siendo un misterio para sí mismo. La pregunta sobre lo esencial en el hombre es la cuestión fundamental que se encuentra implícitamente presente en el desarrollo de estas páginas. Y para responder a esa pregunta atenderemos a algunas de las diversas voces que se han alzado a lo largo de la historia. El primero que intentó de manera directa responder a esta pregunta fue Aristóteles. Para el Estagirita el hombre es un «animal racional». Esta definición es eminentemente lógica, con implicaciones ontológicas, y sirve para mos-

1. Cfr. YEPES STORK, R., ARANGUREN, J., *Fundamentos de Antropología*, 6.^a edición, EUNSA, Pamplona 2009.

trar lo que el hombre tiene en común con otros seres (género) y aquello por lo que se destaca del resto de los seres vivos: su racionalidad (diferencia específica). Esta definición no significa que el hombre sea realmente una animalidad a la que superponemos la racionalidad. El hombre es uno de tal modo que la racionalidad impregna totalmente el modo de ser humano. La definición aristotélica refleja, en su sobriedad, lo esencial del hombre que es «cuerpo espiritualizado» y a la vez «un espíritu encarnado» o un «espíritu en el mundo». Esta explicación se encuentra presente en la base de una concepción cristiana del hombre. La racionalidad y la espiritualidad explican en su raíz la libre creatividad del hombre y su apertura al mundo, a los demás y a Dios mismo.

A pesar de lo dicho ahora, sería equívoco pensar que el lector tiene entre sus manos un libro de Antropología teológica. Esa ciencia es importante y decisiva en unos estudios teológicos: por esa razón se articula con la metodología propia de las disciplinas teológicas que parten de la Revelación contenida en la Sagrada Escritura e interpretada a la luz de la Tradición y el Magisterio para alcanzar la verdad sobre Dios, el hombre y el mundo. Necesariamente en mi exposición habrá puntos de contacto con el quehacer teológico; sin embargo seguiré una metodología filosófica en donde la razón, partiendo de las ciencias empíricas y de la experiencia, intenta alcanzar una explicación última (y, por tanto, metafísica) de la realidad humana. La Filosofía del hombre, como toda disciplina filosófica, tiene también sus límites; límites que se evidencian de manera clara al tratar acerca de las preguntas últimas sobre el origen y el destino de la persona humana: es entonces cuando la Filosofía se topa con algo que le trasciende; pero es también cuando la sabiduría filosófica tiene la posibilidad de abrirse a la Revelación divina.

El contenido del libro se distribuye en cuatro apartados estructurados en torno a los puntos centrales de la esencia del hombre y de su obrar. En el primero de ellos se hace una introducción a la Antropología filosófica: naturaleza, objeto y método. En segundo lugar, nos centraremos en las facultades operativas humanas tanto sensitivas (sentidos externos e internos, deseos e impulsos) como intelectuales (conocimiento y voluntad) sin olvidar las dimensiones afectivas del ser humano. En el tercer apartado se estudian los aspectos centrales del hombre como persona, y en cuanto tal, revestida de una especial dignidad. La persona es estudiada tanto desde su dimensión ontológica como dinámico-existencial: naturaleza y libertad, apertura a los demás, intimidad, capacidad de donación interpersonal, etc. Por último, en el cuarto apartado, se analizará el origen y el destino de la persona humana, cuestiones centrales para el hombre en donde la razón filosófica se queda a las puertas del misterio sobrenatural.

Llegamos así, concluyendo ya esta introducción, al grato capítulo de los agradecimientos. Son muchas las personas a las que debería dirigir mi gratitud. En primer lugar, a los alumnos que durante estos años, de una manera u otra, me han ayudado a madurar el contenido del libro, hasta adquirir la redacción actual. Quiero agradecer asimismo al Instituto Superior de Ciencias Religiosas (Univer-

sidad de Navarra), especialmente a los profesores Francisco Domingo (q.e.p.d.), Enrique Moros y a la profesora Idoya Zorroza las correcciones y sugerencias que llevaron a cabo en su momento a los diversos borradores de este texto. Quiero extender mi reconocimiento al profesor Juan Luis Lorda por sus observaciones y, principalmente, por el aliento con el que me animó a dar forma definitiva a estas páginas. Por último, debo agradecer a los profesores Ángel Luis González y José Luis Fernández las facilidades para llevar a cabo esta publicación.